

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—juéves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

El sábado fué el día del triunfo sobre los republicanos de Valencia, que se han batido con mucho valor y con mucho orden, habiendo dejado defraudadas las noticias sobre los excesos ponderados por la buena fé de los... iba á decir *calumniadores de oficio*, pero recuerdo que esta frase está reservada para todos los liberales. ¡Oh! Todos los liberales son, desde el día que nacen, *trastornadores de oficio*.

La futura monarquía, que no dejará de inventar alguna condecoración de agradable aspecto, podría también inventar una escarapela para repartirla entre los trastornadores de oficio. Así los padres de familia, los hombres sensatos que cobran del presupuesto, y las virtuosas señoras que sueñan con los besamanos, y que á la hora presente creen aun en la inocencia conyugal de doña Isabel de Borbon, vivirían tranquilas porque desde lejos distinguirían á los mortales enemigos del regocijo público, pudiendo así alejarse de ellos.

El único sentimiento de las clases sensatas es que los trastornadores de oficio no han gobernado todavía, y por lo tanto, no pueden achacarles el estado bonancible de nuestra Hacienda.

¡Qué desgracia, tener que cargar los hombres de orden, los que se sacrifican por el bien de la patria, con la responsabilidad de un Tesoro que no tiene más que trampas!

Continuemos la Crónica.

El sábado entraron la ley y el orden en Valencia, envueltos en una bomba de cañón.

El domingo fué día de júbilo monárquico.

El lunes parece que ya se reunieron los ministros y los diputados, y empezó á sentirse la profundísima desazon que los penetra así que se reúnen para algo serio.

En el Consejo de ministros dijo el Sr. Ruiz Zorrilla:

—Me parece, señores, que ya es hora de entrar en el arreglo del clero.

Los ministros se pusieron verdes, amarillos, morados, y aun cuentan que algun unionista se puso de mil colores.

Quiera Dios que el Sr. Ruiz Zorrilla no desista de su empeño.

Quiera Dios que en este caso sea un poco más valiente que cuando dió su opinion en el Congreso sobre la Milicia nacional.

Es preciso que en España haya caracteres, y que no presenciemos todos los días esas escenas de mistificaciones que tanto agradaban al general O'Donnell, por más que rechazaba la palabreja.

Yo estoy muy conforme con el Sr. Ruiz Zorrilla en dos cosas.

- 1.º En su odio hácia el absorbente poder del clero.
- 2.º En que no estoy tampoco por la Milicia nacional.

Piense lo que quiera mi partido sobre el particular, yo tengo mi opinion formada, y no desistiré de ella mientras no me prueben otra cosa los acontecimientos.

Con la Milicia nacional, tal como en España se usa, no habrá verdadera libertad, porque no puede haber la suficiente tranquilidad para que vaya desenvolviéndose el progreso humano; y en cuanto á garantía de la libertad, yo pregunto á Vd. si hemos dejado de perderla siempre á pesar de tener Milicia.

Si en el Consejo de ministros no se resolvió nada el lunes, en la reunion de los diputados hubo un admirable desacuerdo en la cuestion de candidatos al trono.

Es natural: los monárquicos han triunfado de los republicanos; pero ¿cómo triunfarán de sí mismos?

Hay entre ellos genovistas, coburguistas, esparteristas, montpensieristas, serranistas, alfonsistas; desde lejos todos ofrecen acatar lo que resuelva la mayoría; desde cerca cada fracción tira por su lado, y como no hay mayoría, no hay necesidad de acatar nada.

Para colmo de pasmo, sepan Vds. que no falta quien piensa en establecer la república, á falta de un candidato decente.

Sería una cosa muy original: destruir á los republicanos para proclamar la república, vendría á ser lo mismo que si un médico para curar á un enfermo empezase por pegarle cuatro tiros.

En fin, como en España todo lo que es lógico se hace mal, quizás esa república, venida en alas del absurdo, no sentará á todos bien. No seré yo quien me oponga á ella.

El Puente de Alcolea nos tiene ya por insensatos. Y todo porque nos cree pasados á la federal.

Gil Blas, apreciable colega, no es periódico de doctrina, y así no se entretiene en dar lecciones sobre las ventajas de la unitaria ó de la federal.

La cuestion para *Gil Blas*, no es de forma, sino de fondo.

Gil Blas ha tenido el honor de decir hace tiempo sobre este asunto, algo parecido á lo siguiente:

«¿Queréis una solución? Pues elegid la república unitaria, como medio de unir todas las fracciones liberales; los monárquicos cederán su rey y su corte; los federales sus divisiones y sus cantores.»

Esto, que parecia muy sensato, no ha sido escuchado por nadie. Cada cual tira por su lado, y *Gil Blas* se encierra en sus tiendas.

No faltaremos en nada á nuestros compromisos.

Hemos ofrecido acatar la soberanía de las Cortes, producto del sufragio universal, y lo acataremos; hemos dicho que no estamos por los reyes, y estos inviolables (!!) señores ó señoras, habrán de perdonar si seguimos en la misma manía.

Si vosotros, al pretender que nos ha de hacer felices, vosaréis de buena fé en la monarquía democrática, de seguro que en el estado actual de la política de España, y visto el odio que aquí se profesa á los extranjeros, elegiríais rey á un español.

Pero queréis un príncipe de sangre real, queréis una democracia que empiece por consagrar la eter-

na desigualdad que nace de esa institucion, quereis la monarquía con todo su sombrío aparato. Y... ya estais frescos.

Por lo demás, no extraña *El Puente de Alcolea* que en la ocasion presente defienda *Gil Blas* á los federales de las exageraciones y calumnias de los monárquicos.

Gil Blas, periódico que en tiempos normales ha aconsejado otra conducta al partido, cree que hoy es mucho más digno, y además lo considera como un deber de conciencia, el ponerse al lado de los vencidos, al lado de las víctimas, sobre todo mientras esto pueda correr algun riesgo.

Y añade *El Puente de Alcolea*: «*Gil Blas* no quiere que se diga que los rebeldes cometen excesos.»

Lo que *Gil Blas* no quiere, es que se abulten é inventen á propósito los hechos para calumniar á un partido.

En una carta publicada por *El Puente de Alcolea* se decía que los rebeldes de Valencia habian robado las platerías.

La noticia era falsa.

Pues esas noticias, esas mentiras calumniosas, son las que *Gil Blas* no quiere que se digan.

¿Nos entiende ahora el periódico monárquico?

Luis Rivera.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

Asomarse al salon de sesiones del Congreso; ver restaurados los asientos, terso y brillante el encerado nuevo que cubre los peldaños, y desierto y silencioso aquel magnifico recinto, es cosa que consuela.

El que inventó la treta presidencial cuya fórmula es: no hay asuntos de qué tratar, es hombre tan benemérito como el que inventó el pan de patata.

Me acuerdo de que hace poco, días antes que el Adan republicano fuese arrojado del parlamento, por haber querido catar la fruta del árbol de la sublevación, que la divinidad ministerial parece haberse reservado para sí exclusivamente; me acuerdo, digo, de que se trató muy concienzudamente del mejor modo de aprovechar el tiempo en sesiones públicas; se luchó con heroísmo por dos apéndices al reglamento de 1856; se redujo á un día por semana la facultad de hacer preguntas é interpelaciones: en resumen, se despejó el terreno, á fin de que se pudiese tratar con toda amplitud y desahogo de la salvacion de la patria, y una vez conseguido el objeto, se declara solemnemente que no hay asuntos de que tratar.

El proyecto sobre quiebras de ferro-carriles, el dictámen de la comision de cuentas, y sus demás hermanos, vieron castigada con justo rigor su vanidad pueril. ¿Quiénes son ellos para echarla de asuntos y pretender que como tales los trate el Congreso de los diputados?

Bien está que de las cosas públicas se hable pianísimo en dos y tres consejos de ministros cada día; bien está que cada grupo, cada fracción de grupo y

cada pareja de fraccion pase la vida reuniéndose, volviéndose á reunir y celebrando coloquios, ó digamos consultas, sobre la enfermedad de España; pero la sesion pública debe reservarse para las más excelsas y delicadas materias, y especialmente para los martes, dia predilecto de la situacion.

Hoy martes, en que escribimos estas líneas, vuelve á reanudar sus tareas el Congreso, ante el cual se presentarán los cariacontecidos asuntos, cuyo trato se ha evitado hasta ahora.

Ya no nos asaltarán la memoria de Rioja, repitiéndonos:

«Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora, bancos de soledad...»

Ya no repetiremos con Espronceda:

«¡Cuán solitario aquel salon que un dia poblara inmensa gente!»

Al fin se podrá allí tal vez echar una cana al aire, hablando de los peligros de la interinidad, de la abundancia de candidatos y de sus excelentes prendas, de las vilezas de los republicanos y de las glorias de la monarquía constitucional.

Se podrá dar las gracias al ejército por su valor y pericia, por más que yo me hubiese figurado que el valor en los españoles no era de agradecer, por ser cosa natural y gratis-data, é independiente de la voluntad; pero creo que no es así y comprendo ahora que se puedan dar gracias á una mujer porque sea hermosa, y tal vez se llegue á procesar por feo á todo republicano mal encarado.

Esto he aprendido á lo menos, y si esto he aprendido del Congreso ¿qué cúmulo de conocimientos no he de prometerme del Congreso parlante?

Ya me está escarabajando la curiosidad por saber lo que le va á pasar al pueblo español en esta primera estacion, ó sesion, que allá se van para él.

Veo que la vida es una sucesion continua de atractivo. Los tenia para mí la Cámara desierta y los tiene ya la Cámara que me figuro poblada, con el anacronismo de sus maceros, la mancha que en el banco azul dejó la corona real; y aquella misma concurrencia que no puede llegar á setenta personas en la tribuna pública de una Villa de 200.000 almas...

No puedo resistir á la emocion que me causa la idea de las emociones que me esperan. Perdona, *Gil Blas*, que mi natural me lleva en volandas al Congreso.

¡Ojalá oiga decir á algun ministro que la tranquilidad se ha restablecido en toda la península; que me propongo creerlo de todo corazon.

Roberto Robert.

LOS PÍCAROS FEDERALES.

Yo te pido albricias, caro lector, y te las pido con razon sobrada por el fausto acontecimiento que he de comunicarte: nos hemos salvado en una tabla, ya podemos respirar tranquilos, discurrir por las calles, viajar, proporcionarnos, en fin, otras muchas inocentes distracciones de que por espacio de algunos dias hemos tenido que abstenernos.

Y no es la peor la abstinencia, que eso al fin y al cabo poco vale, lo peor es que hemos estado á punto de achicharrarnos ni más ni menos como se achicharraron los federales en las calderas famosas del célebre Pedro Botero, á donde irán á parar, sin duda, en castigo de sus culpas enormes y en desagravio de la divinidad por ellos desconocida y ultrajada.

Y las maldades de estos pícaros republicanos es tanto más digno de llamar la atencion cuanto que aquí, en la hidalga nacion española, cuyos habitantes por lo general frios y templados nunca se dejaron arrebatados por las pasiones.

Llenas están las páginas de nuestras discordias civiles de ejemplos elocuentísimos que prueban hasta qué punto los desmanes cometidos por los endemoniados federales son fruta nueva en esta tierra.

Cuando negros y blancos luchaban amistosamente entre sí, azuzados por el bondadoso Fernando VII *el deseado*, combatíase con las armas de la razon, y cada uno sostenia pacíficamente sus propias convicciones. Y es fama que ni hubo que lamentar asesinato alguno, ni las masas acudieron á la insurreccion armada, sino en caso muy raro, ni hubo ejemplos de extravíos lamentables, y si alguna vez hubo quien sacó á los liberales enjaulados á la plaza pú-

blica para que sufrieran ellos los insultos y los malos tratamientos de las muchedumbres fanatizadas, esto era solo un lunar colocado exprofeso para comunicar animacion y variedad al cuadro monotono de tanta felicidad y de insufrible bienandanza.

Y los que sostengan que alguna vez el partido progresista se ha separado en lo más mínimo de la senda del deber y de la virtud, famoso se hará en la historia si demuestra lo que sabian.

Pero concedido que los progresistas y los partidos todos, cualesquiera que sean, hayan tenido la desgracia de cometer algun desliz,—que yo no lo creo—¿cómo puede compararse lo que ellos hicieron con lo que los pícaros federales han hecho?

¡Ay, y mil veces ay! que los crímenes de los federales no tienen ejemplo en las épocas pasadas ni han de tener imitadores en las venideras.

Robos, incendios, saqueos, exacciones horribles, escandalosos atropellos... todo esto y mucho más han cometido los desalmados federales, segun el verídico testimonio de los diarios monárquicos, de cuya buena fé y de cuya veracidad no es posible dudar siquiera.

Y no es esto solo: los monárquicos, á fuer de enemigos leales y generosos—que lo son y muy mucho—han callado una infinidad de pormenores que nosotros hemos de publicar para baldon eterno de esas hordas de foragidos, que el infierno abortó á última hora, acaso para castigar en nosotros el menosprecio á las cosas santas y al respetable clero que la revolucion ha tratado con tanto mimo.

Segun nuestras noticias, en un pueblecito de Andalucía los federales, despues de haberse entregado á todo género de excesos, se comieron al alcalde asándole previamente en una parrilla que al efecto llevaban.

De una poblacion de Cataluña sabemos positivamente que los federales, no contentos con haber profanado con sacrilegos actos el templo del Señor, acabaron por llevarse el edificio, penetrando con él por la frontera, activamente perseguidos por el ejército.

Público es y notorio que los federales de Aragon han envenenado las aguas del Ebro, y que imposibilitados de bañarse en el rio, han estado durante ocho dias bañándose en la sangre inocente de niños, mujeres y ancianos, que asesinaban en todas partes.

La pluma se cae de las manos al referir escenas de esta naturaleza, que ponen horror y espanto en los espíritus más despreocupados.

¿Y cuándo hacen esto?

Cuando el Gobierno revolucionario, liberal como pocos, paternal como ninguno, ha llevado su tolerancia hasta el extremo de no suprimir más que catorce periódicos y suspender solamente las garantías constitucionales, cuando todavía no se ha publicado la ley de orden público: circunstancia que simplifica y facilita el procedimiento.

Todo contribuye á que la conducta de los federales sea la más horrible.

¿Y qué te diré, lector amigo, del horrible plan, del complot espantoso que en Madrid se fraguaba? Qué, ¿lo ignoras?

Más te vale así: de otro modo no hubieras podido dormir tranquilo.

El peligro ha pasado ya, y sin embargo, no podrás comprender—estoy seguro de ello,—no podrás comprender sin sentir que el cabello se eriza sobre tu cabeza, que hemos estado expuestos á morir asados.

Los federales, dignos descendientes de Cain, habian concebido el proyecto de incendiar á Madrid.

Las medidas estaban tomadas con diabólica habilidad.

Se proponian barnizar bien y con toda calma la mayor parte de los edificios de Madrid con *aguarrás*.

Hecho esto, cuya ejecucion les hubiera ocupado unos ocho dias, pensaban aplicar una mecha á cada uno de los cuatro ángulos principales de la villa del oso, con que el fuego se hubiera propagado con horrible rapidez.

El plan es tan espantoso como bien combinado; tiene la sencillez de los grandes crímenes. Por fortuna *La Correspondencia* hubo de saberlo á tiempo, y eso nos ha salvado.

¡Ay! ¿Qué hubiera sido de nosotros sin la voz de alarma de *La Correspondencia*?

Posible es que á estas horas estuviera Madrid convertido en una inmensa pira, y todos nosotros en cenizas; algun filósofo colocado sobre la elevada cum-

bre del Guadarrama, miraria tanta desolacion exclamando: «*sic transit gloria mundi*,» y los federales mientras en infernal conciliábulo, nuevo aquelarre de brujas civilizadas, saltarian entre los escombros sentadas en sus carros triunfales, y cantando con alegría satánica:

«A mí no me quema ma,
á mí no me quema ma
que lo monarca y el *aguarrá*.»

¡Ah! infames federales! *Dios os confunda*.

A. Sanchez Perez.

EL PUEBLO ESPAÑOL.

Cuando pienso en aquel hombre de la máscara de hierro, y me echo á cavilar sobre sus cuarenta años de desgracias, me parece más dichoso que el pueblo español.

Aquel desgraciado sabia á lo menos que un dia ú otro se le acabaria la existencia y dejaria de padecer, y el pueblo español, semejante á la ninfa Calipso, es tan infortunado, que en su propia inmortalidad halla su mayor desdicha.

El hombre de la máscara de hierro, era, cuando más, hijo del rey de Francia, y padeció cuarenta años; pero el pueblo español, hijo de la reina del mundo, ha llevado tres siglos la mordaza del absolutismo teocrático; ha padecido en el potro del Santo Oficio; ha padecido los horribles dolores de la mutilacion, y en vez del aislamiento y el reposo que al fin acaban por embotar los sentidos, ha visto á su alrededor activos é infatigables á los verdugos, relevándose unos á otros, y llegando á él los que habian recobrado sus bríos, cuando se sentian fatigados los que agotaran sus fuerzas ensañándose en la desdichada víctima.

Aquel Delfín de Francia no pasaba por indignas humillaciones; no tenia á su vista el espectáculo de otros séres de su propia naturaleza, felices y risueños; y el pueblo español burlado, escarnecido, ha de presenciar el auge, la bienandanza, la próspera fortuna de otros pueblos.

El bello sol y el canto de las aves le convidan á gozar de los encantos de la naturaleza; pero al tender la vista por el horizonte, no siempre ve los árboles en flor, ni las mieses dorar el fecundo suelo; sino florecer las horcas y descender los cuervos sobre los cadáveres que cubren los campos sin cultivo.

Llamó mil veces á la puerta de los míseros hogares con el pomo de su espada un hombre de heróicas trazas apellidado libertad. Campesino y menestral se levantaron en armas á sacudir la opresion ignominiosa; tronó el cañon diezmando entrambas belicosas huestes; ensordeció los aires el grito alegre de victoria; renació la esperanza, y mil veces tambien se nubló el sol de repente; revolviéronse unos contra otros los vencedores; despedazáronse en la oscuridad encarnizadamente; ayes lastimeros poblaron el espacio, y despues en silencio de muerte y servidumbre volvió á quedar sumido todo, y la triste España, como

«*Hécuba triste, entre cenizas viles,
sus muertos hijos trémula buscaba.*»

La nueva generacion no por eso crecia sin entusiasmo; para lo bello ideal de su época, sentíase poseida de nuevo entusiasmo y del espíritu de conquista. No por mísero deseo de vengar á los pasados, sino para sentar en el sόlio de la justicia á los venideros, ansiaba con bizarra ambicion libertarse á sí misma de la vida esclava y alcanzar el derecho para los venideros: y tras un nuevo combate y una nueva victoria, venia una nueva matanza, y otra tiranía, y otra vez la esclavitud de los hermanos para los hermanos; un fratricidio que no acaba nunca.

Engaños de los hábiles, arrojados tan temerarios como generosos de los apasionados; el templo de la ley asaltado hoy, colgado é iluminado mañana y cerrado al otro dia; los grandes sacerdotes de la libertad cometiendo continuas apostasias; la bajeza y el acanallamiento impuestos como única condicion de vida; los vencedores ébrios de gozo erigiéndose en jueces y fiscales de sus vencidos competidores; convertidas en yermos aquellas feraces comarcas,

EL TRIUNFO.



PINTURA MURAL PARA EL PALACIO DEL FUTURO MONARCA.

cuyos hijos huyen á climas, ménos mortíferos que la atmósfera de su tierra...

Y España en tanto, la madre España...

*Stabat mater dolorosa
juxta crucem lacrimosa
dum pendebat filius.....*

Roberto Robert.

CANAL DE SUEZ.

(Continuación.)

Marsella 9 de Octubre de 1869.

Poco á poco, como quien no quiere la cosa, ó como quien la quiere, iremos haciendo nuestro viaje al Cairo, mientras vosotros, españoles de Octubre del año pasado, os rompéis el alma como buenos hermanos.

Encanto tiene á no dudar nuestro viaje, pero hay quien se lo duplica pensando en que va á pasar dos meses sin oír hablar de suspensión de garantías, de motines aquí, de palos allá, de partidas en aquel lado y de partidas en el otro.

¿Cuándo podremos los españoles viajar por el extranjero sin que las gentes nos miren como á una cosa rara?

Así nos miran. Cuando oyen nuestro acento y se convencen de que no somos ni americanos ni italianos, entonces nos echan un *coup d'oeil* que nos mide de arriba abajo, y esclaman:

¡Ah! ¡Un español! ¿Y diga Vd., hay ya paz en España?

Este ya vale un mundo.

No hay quien crea que nuestros asuntos se han de arreglar tranquilamente.

Un ruso que ayer me dirigió algunas palabras en francés, me decía con una sonrisa burlona:

—A lo menos el gobierno del Czar es un gobierno pacífico.

A lo que se me ocurrió contestarle:

—Es la única manera de tener á las gentes á raya, Sr. Czar de todas las Rusias.

¿Será cosa de que España necesite un autócrata y no un monarca?

No lo sé, ni es esta ocasion de detenerse á pensarlo: no puedo detenerme ni á comer, con que figúrese Vd. si estaré para discusiones políticas.

Por otra parte, he resuelto en este viaje no ocuparme de más asuntos que los que lógica y naturalmente tengan relacion con el asunto magno que á emprender el viaje me ha movido.

Estamos en Marsella. Salimos ayer de Paris á las once de la mañana. Hemos hecho el viaje en veinte horas próximamente.

¡Qué agradable viaje!

De París á Lyon, sobre todo, el camino parece un jardín.

Convengamos en que la vanidad española nos hace mucho daño.

¿Cómo, si no, era posible que el español tuviera la pretension de que su país es el más bonito y fértil del mundo?

Hablad á un aragonés, y os dirá que no hay nada parecido á la vega de Zaragoza.

Los granadinos no pueden consentir en que haya nada más bello que Granada, bajo el punto de vista del paisaje.

¡Qué de cosas no dicen los valencianos de su huerta!

Y todos tienen razon, pero hay que confesar una cosa, que no tiene mucho de agradable.

No basta que un país sea fértil; no basta que la naturaleza admire el viajero. Los campos necesitan tambien sus *buenas formas*; y en Francia se procura siempre que el viajero admire, á la vez que la belleza del paisaje, el esmero de su cultivo.

Verdad es que hay muchos, muchísimos franceses que son labradores, mientras que hay muchos, muchísimos españoles que no son ni labradores ni nada. Hablan mal del gobierno y fuman de lo caro. De esto hay mucho.

Ayer, al detenernos á comer en Dijon, preguntamos á un labrador:

—¿Cómo va la salud del emperador?

—No sé, caballero, no me interesa; nos respondió muy cortemente.

Y añadió despues:

—Nosotros no tenemos más que un asunto que ventilar. La cosecha.

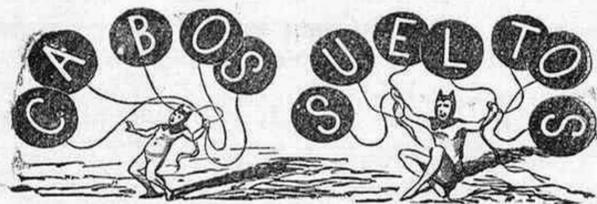
Por todos los puntos que pasa el tren se ven grandes extensiones de terreno cultivado admirablemente. Canales de riego que atraviesan la Borgoña en todas direcciones; preciosas quintas y casas de campo; una limpieza extraordinaria, y un color local imposible de describir. Se vé el país adelantado sobre todos los demás, y en él que la agricultura es una verdadera ciencia, cuyos resultados se tocan á fuerza de trabajo.

¡Ah! Un suelo como el suelo de España cultivado y atendido como el suelo de Francia, convertiría una nacion pobre y escuálida, en un pueblo abundante y bien recompensado.

Pero nuestro suelo está ya estéril. Ha corrido y corre por él mucha sangre humana.

Eusebio Elasco.

(Se continuará.)



Un labrador de Sevilla nos escribe una carta extrañando que los periódicos de aquella capital den tanto bombo al duque de Montpensier, con motivo de los trabajos que prepara en el palacio de San Telmo.

—«Todo ello será (dice la carta) pagar el jornal á 14 ó 20 hombres que limpien las telarañas del dichoso palacio; yo pago en mi cortijo 110 jornales diarios á pobres, de cuyo concurso podría economizar la mitad, y nadie me elogia ni yo lo pretendo.»

¡Ah, honrado labrador!
¿Aspiras tú á rey?
No. Pues bien, ningún periódico tiene el derecho de ponerte en ridículo.



Ya me tiene *La Epoca* hecho un bulto en la barriega con tanto defender á las clases conservadoras.

Si esas clases lo son todo y, lo pueden todo, ¿por qué se esconden?

¿Por qué se dejan imponer de cualquiera?



Dice el *Charivari*:

Ha partido para América el P. Jacinto.

Si allá aprende de veras á conocer la libertad, tanto mejor para él, porque cuando vuelva no será ya católico.



En los bufos:

—¿Qué voz de bajo tan rara tiene ese hombre!

—¿A eso llama Vd. voz? ¡Si es un catarro fiambre!



En Sanlúcar:

—¿Qué triunfo, señor duque!

—¿De veras?

—Figúrese S. A. que hasta los Puigmotejos de la *Epoca* se vienen con nosotros.

—No te fies, Antonio.

—Mujer, no seas pesada.

—Mira que esto va á dar un estallido.



¡Vaya un tejedor y destejedor que traen estos días los periódicos monárquicos!

Yo no sé cuantos días nos han estado aturdiendo con que en Valencia no se habían cometido escesos, pero sí robado las platerías.

Anoche dice ya *La Correspondencia*:

«No ha resultado cierta la noticia de haberse robado las platerías de Valencia.»

¿Con que también esto es mentira?

Gracias á Dios que van Vds. apeándose de su burro.



Dijo un periódico monárquico que de Valladolid á Salamanca fueron tres republicanos.

Que Salamanca se alarmó aunque nadie vió á los tres consabidos.

Que la Milicia y el vecindario y todo el mundo estaba de parte de la autoridad, y sin embargo que se temió un motín.

Que los republicanos, á quienes nadie vió, tenían el propósito de robar algunas casas.

Y en seguida, como consecuencia de estos hechos, que no han sido hechos, exclama:

«Y aun dudarán de que los federales no son latro-demagogos.»

—¿Quién lo ha de dudar, caballero?



Entresaco de *La Correspondencia*:

«Los republicanos de Valencia se han batido con mucho valor.»

«Los sublevados de Valencia han dejado salir antes del ataque á todas las personas que han querido salir.»

«Los republicanos de Valencia no han cometido ningún exceso.»

«Los sublevados pudieron hacerse dueños de toda la población y del capitán general, si hubieran andado un poco listos.»

«Todos los días recorría el arzobispo las barricadas exhortando á la paz, y siempre fué escuchado con mucho respeto.»

¡Qué horror de noticias!

Valencia está cerquita, hay mucha gente que ha presenciado los hechos y no se puede mentir como cuando se habla de Valls ó de las partidas de Paul y Salvoechea.

Esto es inaguantable.

Vaya unos demagogos que nos han salido por Valencia.

No sirven ni para un escándalo.



En Lyon un padre había confiado su hija á un convento. Por una casualidad, supo luego que la superiora había enviado su hija á América. Se instruye el correspondiente sumario. Pero... vaya Vd. á fiar su hija á un convento.



En el café Español.

—Mozo, *La Igualdad*.

—Ya no existe.



Aquí pasa algo muy serio. Voy al Suizo, y con misterio se habla, nada á *sotto voce*, y hasta el Prado por la noche me parece un cementerio.

La Igualdad, que ayer vivía, queda reducida á cero, y *La Bandera* se arria, y me tropiezo un letrero que dice: *Carnec Ería*. (?)

Mas la causa ¡voto á san! productora de estos males, la adivino. Es por que están suspendidas las garantías constitucionales.



De una carta particular que recibimos de Cataluña, tomamos lo siguiente:

«El gobierno se habrá olvidado sin duda con la mejor intencion de dar á luz el ataque de La Bisbal y la prision del diputado Caimó. Esta es toda una historia que se sabrá á su tiempo.

Puede Vd. tener la completa seguridad de que lo que se dice acerca del Sr. Suñer, es falso; nadie le insultó ni amenazó; muy al contrario, todos elogian á dicho señor por su conducta.

En lo de Valls hay gran exageracion; me parece que si se investigaran los sucesos de aquella villa, visto que los á quienes se dice criminales se empeñaron en que se celebrase misa por ser domingo y custodiaron al cura á fin de que nadie le insultase ni atropellase, vendríamos á parar en que son unos católicos, apostólicos, romanos de gran cuño y no correligionarios nuestros.

Es menester mucha calma y sangre fria para sufrir los insultos y calumnias que los progresistas nos dirigen; ellos, los cándidos, que aun no hace dos años fueron víctimas de ellas como lo es hoy nuestro partido.»



En una carta de Valencia que ha publicado *El Puente de Alcolea*, se lee:

«Ha habido día que nuestros bravos soldados han tomado el desayuno á las diez de la mañana.»

¡Hombre, si todas las penas fueran como esa!

A mí no me parece muy tarde.



«Los consejos de guerra siguen funcionando en todas las provincias de España,» dice *La Correspondencia*.

¡Ah, conozco á mi patria!



El crimen merece la reprobacion de todos.

Por eso no defiendo yo á los seis que violaron en Valls á una jóven, caso de ser cierto el hecho.

¿Pero qué tienen que ver con estos crímenes aislados los partidos políticos?

La historia de la última guerra civil registra infinitos hechos de esta naturaleza, no por seis ó siete, sino por compañías enteras.

¿Quereis que os refresquemos la memoria?



Se va á recompensar debidamente al ejército por la última campaña.

Los republicanos han correspondido á la profecía de *El Imparcial*, haciendo que aumente el presupuesto de la guerra.

Toca ahora á los monárquicos.

¿Tardarán muchos? Dentro de algunos meses, cuando se desarme la Milicia que hoy queda.

¡Oh patria!



Valencia acaba de dar el más cruel desengaño á los partidarios de las emociones fuertes.

Ocho días la ciudad en poder de los desalmados demagogos, y ni un exceso ni un desman; nada que pueda llenar de horror á los corazones sensibles.

La gente de la Huerta, que desea siempre almorzarse á la gente de la ciudad, se han portado como unos simples ciudadanos.

Esto es inaguantable.

¡Esto clama á... la monarquía!



Un periódico montpensierista, dice que nos va á esterminar.

Hombre, se parece usted al perro del tío Alegria, que para ladrar tenia que arrimarse á la pared.



Se decia que en Valencia habian sido asesinadas yo no sé cuantas gruesas de oficiales.

Y vea Vd., en lugar de eso, los cogen prisioneros y los tratan con mimo y con cariño.

¡Degenerados demagogos, apartad!

No os conozco. Mereceis ir á las islas Marianas, por defraudadores de regocijos monárquicos.



Dos hombres notables han muerto.

Sanit-Beuve, es uno.

Sanz del Rio, es otro.

El primero gran literato, gran crítico y senador de Francia.

El segundo gran filósofo, catedrático y honra de la Universidad de Madrid.

Los dos han muerto fuera del gremio católico.

Eran sábios y hombres honrados.

Su muerte ha sido como su vida.

Al terminar esta, ambos dispusieron que no se les enterrase con lujo ni acompañamiento de curas.

Los que verdaderamente han vivido la vida de la ciencia, no han de venir con una farsa repugnante á echar sobre su existencia honrada una mancha tardía; por eso su muerte ha sido tranquila, sin arrepentimientos y sin curas.

¡La muerte de los justos!

El mundo no tiene derecho más que á pedirles cuenta del empleo que han hecho en sus talentos.

Han trabajado para el progreso de la humanidad.

Ahora, sean cualesquiera sus creencias, recordemos con respeto y admiracion sus nombres.



Gil Blas ha incurrido en un error, y por escrúpulo de conciencia se apresura á confesarlo, sin atreverse á esperar á la Pascua florida.

Dijo *Gil Blas* que en la fábrica del sello habia un inspector de grabado, que en vez de ser grabador era ingeniero, y esto no es exacto.

Me desdigo, pues, y digo que en la fábrica del sello hay un ingeniero, no inspector, sino director de grabado, con obligacion nada ménos que de dar modelos de este arte.

Imagínese el público cómo se ingeniará el ingeniero, por ingenioso que sea, para dar modelos de lo que aun ha de aprender, y tómese en cuenta el acto de abnegacion mensual con que debe de firmar la nómina.

Si Vds. han visto, por ejemplo, el sello de escribanos, ya habrán barruntado que el director de ese ramo en la fábrica no puede ser grabador; y si han visto los grabados de algunas obras ilustradas, comprenderán que aquellos trabajos no lo ha dirigido ni practicado un ingeniero.

Pero esto es España: el galán jóven de las comedias de Scribe lo invadió todo.

Gobernacion, Fomento, Guerra, Hacienda, hierven en ingenieros.

No es extraño: cuando toda Europa establecia telégrafos eléctricos, se levantaron aquí los ópticos...

Con que quedamos en que el director de grabado no es grabador, ni ha ganado por oposicion su plaza.

El ministro lo sabe; el jefe del ramo también. Bueno es que no lo ignore el público.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Naranja*.

CHARADA.

Es mi *prima* con *tercera*
un nombre que me disgusta,
pues no cura enfermedades
y las del alma... locura.

La *segunda* en Portugal
como en Inglaterra, abunda,
y mi *todo* lo usan todos
desde el Papa hasta Carulla.

(La solucion en el próximo número).

SOLICITUD.

Un jóven recién llegado á Madrid desea encontrar colocacion en cualquier casa de comercio, administracion de periódico, empresa particular u otra oficina. Tiene buena letra inglesa, sabe escribir con ortografía, y entiende bastante de contabilidad. —Puede presentar personas que abonen por su conducta con fianza personal ó metálica. —Para más pormenores dirigirse á la calle de Atocha, número 447, principal interior.—3.

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.